IX

Confidencias.

Es de noche, una noche de aire templado, de luna clarísima. Pasean del brazo por calles y calles sin dirección fija. Hablan con lentitud, con dejadez del pensamiento; más que un diálogo son dos monólogos.

PEPE, veinticuatro años. — MANUEL, cuarenta y un años.

PEPE

¡Ha pasado la noche! ¡La terrible noche! ¡Otra noche vencida! Si no hubiera tenido la suerte de encontrarte... no hubiera podido resistir más... Esta noche vuelvo. En todo el día no siento tristeza, ni desasosiego, mi vi-

da es la de siempre; pero llega la noche, la hora acostumbrada de verla, y es un no vivir, un no hallarme en ninguna parte, una lucha interior que me destroza... Sin darme cuenta me dirijo hacia su casa, y unas veces me persuado á mí mismo de que no he tenido razón para hacer lo que he hecho, que debo olvidarlo todo, pedir perdón, no acordarme de nada, y otras veces, fuera de mí, comprendo que no puedo perdonar, que la conducta de esa mujer ha sido indigna, que aún no fué bastante lo que hice, que debí volver una vez más á su casa é insultarla y matarla... No; ya sé yo que no la mataría, pero es el motivo más decoroso que me da el corazón para volver á verla y le dejo decir...

MANUEL

El hombre es un animal de costumbre. Comprendo lo de aquel que no se decidía á casarse al cabo de siete años de relaciones con su novia y contestaba á los que insistían

en casarle: «Pero vamos á ver: si me caso, ¿en dónde paso yo las noches?—Hasta que no halles en donde pasarlas no estarás curado. Cuando me separé de mi mujer, había también horas en mi vida que me aconsejaban el perdón... Logré sobreponerme, empecé á negociar en Bolsa, se me dió con suerte el primer año, me entregué á los negocios y se olvidó todo... No hay sentimiento que valga; el amor es una ocupación como otra cualquiera... Mira, el año pasado, por consejo de mi familia, por consideraciones particulares, por la situación delicada de mi chiquilla, sobre todo, accedí á que mi mujer volviera á mi casa... La perdoné de corazón, te lo aseguro... Pero yo había ordenado mi vida de otra manera; mi mujer volvió á trastornarla de nuevo... y volvimos á separarnos por eso...; porque yo, que había perdonado su falta, no pude perdonarla que me alterase las horas de entrar y salir, ni la sujeción de acompañarla á paseo ni al tea-

tro. Todo lo que eché de menos al separarme, todo lo que me hubiera unido á ella, á pesar de todo, en otro tiempo, me separaba ahora, y cuando el perdón y el olvido eran más fáciles...

PEPE

La otra noche volví al café, á mi antigua tertulia; me pareció insoportable. Hablaban de cosas que no me interesaban... y luego las preguntas impertinentes: ¿De dónde sales? ¿En dónde te metes? ¿Qué ha sido de ti? Todavía si me hubieran recibido sin extrañeza, como si no hubiera dejado de ir por allá en mi vida... ¿Qué haces tú por las noches?

MANUEL

A casa de aquella...

PEPE

¡Vamos! Esa es la costumbre que vino á interrumpir tu mujer...

MANUEL

No. Yo lo tengo todo muy ordenado. Voy una noche sí y otra no... Que es lo que debiste establecer... Ahora te sería más fácil la sustitución...

PEPE

¡Es verdad! pero la noche *no*. ¿Qué haces?

MANUEL

Esto, ya lo ves... Si está mala noche, me meto en un teatrillo ó en algún café, leo los periódicos; si está buena, como hoy, flaneo, solo, ó con el primer amigo que encuentro... Debe uno quedarse siempre con media vida para sí... Media vida que no dependa de los demás, de que no puedan pedirle á uno cuentas... en que no eche uno de menos á nadie... Es el gran sistema... Si quieres, desde pasado mañana empezamos... Te espero en casa á las ocho en punto... Pero no me faltes... Una noche sí y otra no...

PEPE

¡Una noche! ¿Y la otra?

MANUEL

¡Bah! Deja tonterías de amor propio... Haz las paces con esa condición, á turno impar...

PEPE

No, gracias... ¡Dos costumbres en vez de una! No quiero echarte de menos el día de mañana... Tú lo has dicho: el hombre es un animal de costumbre.

X

Juegos de niños.

PILAR, ocho años.—BLANCA, nueve.—JULIA, once.—Una MISS.—FRAULEÍN. *(En el invernadero de un hotel aristocrático.)*

(Las dos ayas cuchichean en un rincón: la alemana hace labor de gancho; la inglesa está mano sobre mano con aire señorial y dominador. Las tres niñas hablando muy animadas.)

PILAR

Mirad, aquí en el banco lo ponemos todo. Figura que son regalos y el *trousseau*. Yo me voy á casar, ¿sabes? Como la hermana de Jacobita; vosotras venís á mi casa á verlo todo; ésta *(señalando á Julia)* es tu mamá y tú

eres mi amiga... Bueno, todavía no habéis venido; ahora lo arreglo yo todo, como en casa de Jacobita; yo estuve ayer con Fraulein por la mañana...

JULIA

Hija, tú lo ves todo.

BLANCA

Ve todas las funciones que echan en los teatros por la tarde.

JULIA

Á nosotras no nos llevan más que al Circo; no quiere mamá, dice que es pecado.

PILAR

Tu mamá dice que todo es pecado. ¡Ay, hija! ¿Vosotras no habéis visto nunca una *trousseau*? ¡Qué pavas!

JULIA

No lo he visto, pero sé cómo es.

PILAR

Mira; aquí está la ropa blanca, la camisa, los pantalones...

JULIA

¡Ay, los pantalones! ¡Si ahora no se llevan pantalones!

PILAR

¡Si lo sé! ¿me queréis enseñar? Se llevan unas medias muy largas que suben hasta aquí...

JULIA

Eso es, mamá dice que ella va por dentro como las bailarinas por fuera.

BLANCA

Bueno, pero la ropa interior no se enseña nunca en casa de la novia, se ve en la tienda.

PILAR

Pero en casa de Jacobita estaba todo, hasta los corsés.

JULIA

Porque son unas cursis. No se enseña más que los vestidos y los regalos.

PILAR

Bueno; pues entonces quito todo esto que era la ropa interior, porque yo no quiero ser cursi.

JULIA

Oye, ¿qué le ha regalado tu mamá á la hermana de Jacobita?

PILAR

Un imperdible todo verde con muchos brillantes.

BLANCA

¡Qué tonta eres! ¡Todo verde! De oro verde, que es la moda; son las alhajas modernistas. Mamá le ha regalado una medalla de la Virgen del Perpetuo Socorro.

PILAR

¿Y eso pega para una boda? Tu mamá

regala medallas á todo el mundo. Ya está arreglado; ahora entráis... Pase usted... ¿Tú qué quieres ser?

JULIA

Yo, duquesa...

PILAR

Ahora sí que eres cursi; ¡como que te voy á llamar yo duquesa! Te llamaré por tu nombre, ¿no ves que somos iguales? Digo, si quieres ser casada ó soltera, para preguntarte por tu marido y los niños...

JULIA

Yo quiero ser criada, como tía Teresa, y no tengo hijos.

PILAR

Entonces tu hermana ¿qué va á ser tuyo?

JULIA

Eso, mi hermana.

BLANCA

No, yo soy tu amiga; es muy soso ser lo mismo de siempre... *(Saludos, besos, etc.)*

PILAR

El traje de boda. Lo he encargado á París.

BLANCA

¡Pero tonta, si el traje de boda lo regala el novio!...

PILAR

Ya lo sé; ¿pero dejará de encargarlo donde yo quiera? ¿Lo va á comprar hecho? ¡Tú sí que eres tonta!...

JULIA

¡Precioso, de mucho gusto! ¡Lástima de traje para un día!...

PILAR

¡Hija, no digas eso! ¡Eso sí que no lo dice nadie! ¿A ti que te importa que el traje no sirva más que para un día? ¡No eres poco

aprovechada!... Un vestido de baile, de tul *paillettè*... Otro de paseo, verde almendra con piel de nutria; el abrigo para el traje, todo de piel, y bolero también de piel para alternar... ¿Y esta salida de teatro? Y esta...

JULIA

Bueno. Y á todo esto ¿con quién te casas?

BLANCA

Es verdad. ¿Quién figura que es tu novio?

PILAR

¡Mira que sois tontas! ¡Yo qué sé! Mira, estamos jugando á esto, ¿qué nos importa el novio?... Vamos á jugar con formalidad, como si fueramos mujeres. Aquí están los regalos... *(Y sigue enseñando el* trousseau *imaginario.)*